

daño que casi sin sentirse puede hacer un mal preceptor de los niños en la república, y para que de aquí se saque el beneficio que le hacen los que los crían santamente y los instituyen en temor y amor de Dios y loables letras y costumbres; porque sin duda que las escuelas y estudios de los mochos son como las fuentes públicas de las ciudades, que si manan agua limpia y saludable, da vida y salud á los que beben dellas, y si por el contrario traen agua turbia y emponzoñada, les son causa de muerte y corrupcion. Y por esta razon, en ninguna cosa deben desvelarse más, ni poner mayor solicitud y cuidado los que gobiernan la república y celan el bien della, que en asegurar y limpiar estas fuentes, y proveer á los niños de tales maestros, que les den, como buenas amas, el pecho, y los crien y sustenten con la leche limpia y sana de santa vida y doctrina.

Por esta misma causa aceptó el padre Lainez el colegio de Chamberí, que es en Saboya y cabeza della. Porque despues que Manuel Filiberto, duque de Saboya y príncipe de Piamonte (con la paz tan deseada que Dios nuestro Señor dió á la cristianidad, el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve, entre el Católico Rey de España y el Cristianísimo de Francia), cobró sus estados, quiso fundar aquel colegio para conservar en ellos la fe católica, y especialmente en el de Saboya, que por estar pegada con Ginebra (1) (que es la cueva destas serpientes y basiliscos infernales) y con algunas provincias de Francia contaminadas, corría más peligro de inficionarse.

CAPÍTULO V.

Lo que sucedió á los nuestros en Turnon y en Billon, y la muerte del padre Pascasio Broet.

Admirable es el fruto que nuestro Señor ha sacado de la fundacion destes colegios en Francia, para consuelo y esfuerzo de los católicos, y freno y espanto de los herejes. Los cuales, entendiendo de léjos el daño que les podía venir con la santa institucion de la juventud en la fe católica y buenas costumbres, y con los otros ministerios que usa la Compañía, procuraron luégo de asestar sus tiros contra ella, y con todas sus fuerzas y máquinas echarla del reino de Francia y (si pudieran) extinguirla. Y aunque en diversas partes han hecho varios insultos y violencias contra los nuestros, contaré aquí uno que hicieron contra el colegio de Turnon, este mismo año de mil y quinientos y sesenta y dos, al mismo tiempo que estaba el padre maestro Lainez en Francia. Despues que se apoderaron de la ciudad de Valencia y ahorcaron al gobernador della, y prendieron al padre Emundo Augerio, de la Compañía, que predicaba en Valencia y era rector del colegio de Turnon (como esta historia lo ha contado), enviaron los herejes á decir al señor de Turnon (que está tres leguas de Va-

(1) Ginebra; este nombre, léjos de estar españolizado, está cual lo usan los extranjeros.

lencia y á la misma ribera del río Ródano) que mandase que en su tierra no se dijese misa, y que echase luégo á los jesuitas que estaban en ella, y que tuviese la tierra y la fortaleza por ellos, si no queria que luégo la asolasen y destruyesen. El señor de Turnon, que era caballero católico y prudente, y aficionado á la Compañía, en recibiendo este recaudo, envió luégo á llamar al vicerector de nuestro colegio, y consultó con él lo que se habia de responder y hacer. El vicerector quiso consultarlo con sus hermanos de la Compañía, que eran obra de veinte y cuatro ó veinte y cinco, y ellos fueron de parecer de no salir del pueblo, sino quedarse allí y morir por nuestra santa fe católica; y esto se dió por respuesta con mucha resolucion al señor de Turnon, el cual estaba muy fatigado por ver que se acercaban ya los enemigos; y alabando el buen ánimo y santo celo que tenían nuestros padres y hermanos de morir por Jesucristo, les propuso que sería mayor servicio de Dios guardarse para otro tiempo, y no dar, con su quedada, ocasion á los herejes que arruinasen aquella villa, y matasen por su causa á todos los católicos que habia en ella. A esto respondieron los nuestros que, aunque ellos deseaban derramar su sangre y perder la vida á manos de los herejes, y lo tuvieran por gran beneficio y particular regalo del Señor por lo que á ellos tocaba; pero que mirando al bien comun de los otros, ellos estaban aparejados de salirse del pueblo, por excusar el daño que por su causa le podría venir; y que así saldrían, si el señor de Turnon, como señor de la villa, se lo mandase, y les diese testimonio que salían por esta causa. Por abreviar, ellos salieron dentro de una hora, con grandes llantos de los católicos del pueblo y de casi mil estudiantes que tenían; y se fueron disimuladamente, de cuatro en cuatro, por diferentes caminos, que estaban todos llenos de herejes armados, insolentes, crueles y enemigos de Dios y de su Iglesia, y particularmente de aquellos pobres padres y hermanos, que ellos buscaban; de cuyas manos, por su infinita misericordia, los libró el Señor.

El mismo día que salieron los nuestros de Turnon, entraron los herejes; y con haber usado de su impia crueldad, y quebrado las cruces, y quitado las imágenes, y contaminado los templos, y robado muchas haciendas de los naturales de Turnon, y posado algunos dellos en el mismo colegio de la Compañía, no se atrevieron á tocar la menor cosa de las pobres alhajas que los nuestros habian dejado en él, que era toda su hacienda y sustancia. Lo cual fué tenido por particular favor y proteccion de la poderosa mano del Señor, que ató las de los herejes y los detuvo, para que los nuestros hallasen su casa alhajada y tan entera como la habian dejado, cuando volviesen á ella.

Los nuestros se fueron al colegio de la Compañía de Billon, que es en la provincia de Alvernia, donde estuvieron algun tiempo y hasta que, pasada aquella borrasca, se serenó el cielo y amansa-

ron los vientos y se sosegó la mar. Mas de allí á algunos meses tambien llegó este fluado á Billon, y los nuestros fueron echados de su colegio, donde tenían mil y doscientos estudiantes, á quienes enseñaban; y por esto, y porque decian misa, eran extrañamente odiados de los herejes; y así, cesaron las lecciones y ejercicios de letras, aunque esto fué por poco tiempo; porque, con la industria y exhortacion de los de la Compañía, los católicos cobraron ánimo y tomaron las armas, y echaron á los herejes, no solamente de Billon, pero de Alvernia, quedando aquella provincia más limpia y sosegada, y los nuestros en su casa con paz y quietud.

En este año de mil y quinientos y sesenta y dos murió en París, de pestilencia, el padre Pascasio Broet, frances de nacion, de la provincia de Picardía, que á la sazón era provincial de la provincia de Francia, y habia sido uno de los primeros padres que en París siguieron á nuestro bienaventurado padre Ignacio, y le ayudaron á fundar y establecer la Compañía. Fué varon devotísimo, blando de condicion, cándido y sencillo, muy celoso, gran trabajador, y de conversacion santa y apacible. Trabajó mucho en diversas ciudades de Italia con grande edificacion; fué enviado el año de mil y quinientos y cuarenta y uno, por nuncio apostólico de la santidad del papa Paulo III, juntamente con el padre Salmeron, al reino de Hivernia, donde padeció y sirvió mucho á nuestro Señor. Despues, por el peligro grande que tuvo de ser preso de los ministros de Enrico VIII, rey de Inglaterra, partió para Roma á pié desde París, con poca provision y viático, como nuncio verdaderamente apostólico, hasta que en Leon de Francia fué preso por espía, y conocido por quien era, fué honrado y regalado, y proveido de todo lo necesario para su camino, como lo escribimos de la vida de nuestro beatísimo padre Ignacio, el cual le hizo provincial en Francia (y fué el primero que en ella hubo en la Compañía), para que gobernase los colegios que se iban haciendo, y sembrase en aquel reino lo que despues han cogido sus hijos y sucesores. Lo cual él hacia con gran caridad, vigilancia y cuidado, andando á pié de colegio en colegio, sin que los muchos años y trabajos pasados fuesen parte para estorbarle, ni entibiar el fervor y celo ardiente que tenia de mortificarse, y edificar y animar á sus hermanos, y fundar el espíritu de humildad, pobreza y menosprecio del mundo en la Compañía.

CAPÍTULO VI.

La ida del padre Nicolas Gaudano á Escocia por nuncio de su Santidad.

La turbacion del reino de Francia ayudó y fomentó mucho las revoluciones que los herejes habian causado en el reino de Escocia. Al cual, en este mismo año de mil y quinientos y sesenta y dos, envió la santidad del papa Paulo IV al padre Nicolas Gaudano, de nuestra Compañía, flamenco de P. R.

nacion, y varon de gran religion y doctrina, por nuncio apostólico; y para enviarle fué ésta la ocasion. Despues que murió Francisco II, rey de Francia, el año de mil y quinientos y sesenta, la reina María, su mujer, que era reina propietaria de Escocia, se volvió á su reino; pero hallóle tan perdido y estragado de los herejes (los cuales en su ausencia, con el favor y fuerzas de la Reina de Inglaterra, con increíble impiedad y furor, habian profanado los templos y quitado el santo sacrificio de la misa, y perseguido á los católicos de aquel reino), que no tuvo brazo ni fuerzas para componer las cosas que estaban tan descompuestas, y restituir la religion católica en el estado que ántes tenía; ántes estaba la pobre Reina como oprimida y tiranizada de los herejes, y con peligro que hiciesen della lo que despues hicieron. Sabiendo esto el sumo Pontífice, y queriendo, como pastor y padre universal, con su solicitud y caridad socorrer á la Reina en este conflicto y casi extrema necesidad, y animarla y esforzarla, para que no desmayase ni desfalleciese en la fe católica por temor de las armas y espantos de sus enemigos, determinó enviar una persona que de su parte hiciese con la Reina este oficio tan piadoso y tan debido. Y porque sabia que si enviaba algun perlado, ó persona pública y de mucha autoridad, no sería admitida en el reino de Escocia, por estar tan apoderados dél los herejes, se quiso servir de uno de los hijos de la Compañía, y fué nombrado para esta mision el padre doctor Nicolas Gaudano, por sus buenas partes. Acompañóle el padre Emundo Ayo, que era ya de la Compañía, escoces de nacion y hombre noble en aquel reino; y por ir con menos sospecha y mayor disimulacion, fueron disfrazados, y llegaron á Letha, puerto de Escocia. Quiso nuestro Señor que al mismo tiempo llegase al mismo puerto el padre Guillermo Criton, que á la sazón era mozo y lego, y habia sido admitido en Flándes en la Compañía, y para poder con efeto entrar en ella, iba á Escocia, á acabar y concluir ciertos negocios que se lo impedían. No pudo ser tan secreta la entrada del padre Gaudano, ni hubo tanto recato en ella, que el mismo día que llegó no la supiesen los herejes, ántes que la misma Reina; los cuales luégo la publicaron y predicaron de los pulpitos, avisando á la gente que se guardasen dél como de cruel enemigo y de pestilencia, y que velasen y procurasen prenderle, para castigarle y matarle con atroces tormentos. Fué tanta la alteracion y alboroto que causó esta nueva en los ánimos de aquellos miserables y ciegos hombres, y tantas y tan exquisitas las diligencias que usaron para prender al padre Gaudano, que le fué forzoso retirarse de la córte y meterse la tierra adentro, y estar escondido algunos días en la casa del padre Emundo Ayo y de sus deudos; y no teniéndose aún por seguro, hubo de apartarse dél, y tomar por compañero á Guillermo Criton, que por no saberse que era de la Compañía, y andar en hábito de seglar, no causaba tanta sospecha. Y por abre-

viar, al cabo de algunos días tuvo forma para hablar á solas con la Reina, y darle el breve y recaudo de su Santidad, y animarla á conservar la fe católica en su persona y en su reino, ofreciéndole para esto favor y ayuda del cielo y de la tierra. La Reina se consoló por extremo con esta embajada y solicitud paternal del Papa, y respondió, como reina, aunque moza en edad, pero vieja en el seso, y de gran cristiandad y valor, que dijese á su Santidad de su parte que, con el favor de Dios, ella sería siempre católica y hija obediente de la santa Silla Apostólica y romana, como siempre lo había sido. Y que las herejías y turbaciones de su reino (aunque le daban pena, porque no las podía remediar) no la enflaquecían ni entibiaban en la constancia de su religión; antes la fortificaban y confirmaban más en ella, y que estaba aparejada á derramar la sangre y morir mil veces por aquella fe que había mamado con la leche y con la cual se había criado, y sabía que era la verdadera y segura. Y dijo esto y otras cosas en esta sustancia con tan gran resolución y espíritu, que el padre Gaudano quedó admirado; y como se las dijo á él, las escribió después á su Santidad la misma Reina; dando desde entonces muestras de la constancia y fortaleza que Dios nuestro Señor le había de dar para perder antes la vida que la fe católica, como lo hizo cuando, con ejemplo inhumano, bárbaro y nunca oído, por mandado de Isabel, reina de Inglaterra, su tía, por causa de la religión católica, y por mano del verdugo ordinario de Londres, fué degollada en el castillo de Fodrinhaye, el año de mil y quinientos y ochenta y siete.

También habló el padre Gaudano con el mismo secreto y recato á los obispos y á algunos señores católicos de aquel reino, por parte de su Santidad, y les dió los breves apostólicos que les llevaba, animándolos á la defensa de nuestra santa fe y exhortándolos á mostrarse verdaderos hijos de la Iglesia católica. Y después de haber estado, no sin gran peligro, algunos meses en Escocia, y cumplido con su oficio, se embarcó en compañía del padre Guillermo Criton, y volvió á Flandes, con el mismo peligro de ser conocido, preso y muerto de los herejes, y avisó al Papa de lo que había hecho; el cual mostró quedar muy servido dello, y de la prudencia y destreza con que en esta jornada se había habido el dicho padre Gaudano.

Escribió después la Reina de Escocia al concilio de Trento (que por mandato del papa Pío IV se había tornado á juntar) el deseo que tenía de enviar los obispos de su reino á aquella santa congregación; mas que, por estar oprimida de los herejes, no podía hacer lo que deseaba, y por esto daba todo su poder al Cardenal de Lorena, su tío, que estaba en el concilio, para que asistiese, y hiciese en su nombre lo que su embajador hubiera de hacer si estuviera presente. Y quedó tan aficionada y devota á la Compañía, que en el tiempo que después estuvo en aquella larga y áspera prisión,

é indigna de su persona real, en Inglaterra, quiso que un padre francés de la Compañía se la hiciese á ella, y la confesase, aconsejase y consolase. Lo cual él hizo algún tiempo en hábito disimulado, haciendo oficio de secretario del contador mayor de la Reina, y tratando sus cuentas, por poder hacer con ménos peligro y mayor libertad este agradable servicio á nuestro Señor. Pero volvamos á las cosas de Francia, y digamos el fruto que se sacó en ella de los trabajos del padre Lainez.

CAPÍTULO VII.

El suceso que tuvieron las cosas de la religión en Francia, después que fué á ella el padre Lainez.

Con los medios que tomó el padre maestro Lainez para sustentar la religión católica en Francia (como queda dicho), y con otros que los príncipes católicos usaron, fué nuestro Señor servido que se sosegaron algo las cosas, y se mejoró por entonces el estado de la religión católica en aquel reino. Porque, cuando entró el legado en él estaba tan aventajado y favorecido el partido de los herejes, que con increíble insolencia, orgullo y braveza amenazaban y traían oprimidos á los católicos. Y la causa era porque los príncipes que gobernaban el reino, con la cara descubierta se mostraban parciales y fautores de los herejes. Y había llegado el negocio á tan gran desventura, que muchos que eran católicos de corazón, se mostraban herejes en la apariencia, para tener más gratos á los príncipes y ministros reales, y con esta disimulación despachar mejor sus negocios. Pero después, como se vió la mala cuenta que los ministros herejes dieron de su doctrina en la asamblea de Poisy, y que no habían sabido responder á lo que el Cardenal de Lorena, en nombre de los doctores católicos, les propuso, y que su celo no era mirar por sus conciencias y por el bien del reino, como ellos blasonaban, sino pervertirle, arruinarle y destruirle con su falsa doctrina y con el veneno que traían encubierto, y acabarle con las armas, y con el incendio y total ruina de los católicos; habiéndose juntado en la asamblea y cortes los príncipes católicos que estaban ausentes, tuvieron tanta fuerza y autoridad, que hicieron echar de París y de la corte, no solamente á los predicadores herejes, mas también á la Reina que llamaban de Navarra y al Príncipe de Condé, y al Almirante, y sus hermanos el cardenal Xatillon y Andalot, que eran los principales señores que bandeaban á los herejes, y con fuerza y maña turbaban y abrasaban el reino. Este ejemplo siguieron otras provincias y ciudades, y con esto los católicos, que primero andaban arrinconados y abatidos, se alentaron y animaron; y los herejes, que andaban engreidos y furiosos, se reprimieron y perdieron sus bríos. También la autoridad de la Sede Apostólica, que estaba á los principios tan caída, que apenas querían admitir al Cardenal de Ferrara como legado apostólico, sino como príncipe amigo, después le recibieron como legado del Papa, y ejerció libre-

mente su oficio, á pesar de los herejes. Y no habiendo antes esperanza que los obispos y perlados del reino de Francia hubiesen de ir al concilio de Trento, que estaba abierto, después se trocaron las cosas de manera, que muchos dellos fueron á él con el Cardenal de Lorena, y tuvieron las cosas mejor salida que de tan malos principios se podía esperar. Pero, con haberse mejorado las cosas de la religión católica en aquel reino (como se ha dicho) en este mismo tiempo, en una carta suya, que yo vi, escribió el padre Lainez que le parecía que visiblemente llovía ira de Dios sobre el reino de Francia; porque ninguno de los medios que se tomaban, bastaban para sanarle; y lo que después ha sucedido en aquel reino ha mostrado ser esto verdad.

CAPÍTULO VIII.

De Francia fué, la tercera vez, al concilio de Trento.

Añadido pues el padre en los santos pasos y ocupaciones que habernos referido, le mandó el Papa ir la tercera vez al concilio de Trento; y así, despidiéndose de la corte de Francia, con grande sentimiento de los católicos y alegría de los herejes, se partió, á los ocho de Junio del año de mil y quinientos y sesenta y dos, de París para Flandes, y allí, por Alemania la Alta, á Trento, haciendo por todo el camino oficio de verdadero general y padre de la Compañía, visitando y consolando á sus hijos, y dando orden y perfección á los colegios que estaban comenzados, y manera y forma con que se hiciesen otros en las ciudades principales por donde pasaba. En algunas dellas predicó, y trató con los electores eclesiásticos y otros príncipes católicos del imperio, del modo que habían de tener para resistir á los herejes, y desertar el celo, virtud y estudio de los católicos. Fueron tan bien recibidos sus consejos, que se siguió mucho fruto dellos. Y fué causa que se diese principio á muchos de los colegios que después se hicieron en las principales ciudades de Alemania por donde él pasó, como adelante se dirá.

Llegado á Trento, comenzó, como solía, á descubrir los rayos de su doctrina, y á mostrar el celo y pecho que tenía en las cosas que se ofrecían del servicio de nuestro Señor. Esta vez, aunque fué enviado de su Santidad, y estuvo en su nombre en el concilio, todavía, porque era general de la Compañía, y tenía entre los obispos y demas perlados voto decisivo, y no sólo consultivo, como los teólogos, hubo de sentarse y hablar entre los perlados. Mas, porque cuando el padre llegó á Trento ya se habían comenzado á disputar y tratar algunas materias gravísimas del Santísimo Sacramento del altar, y los legados apostólicos y muchos de los obispos que se habían hallado las otras veces en el concilio, y conocido al padre Lainez, deseaban oírle, y entender de su boca la explicación y decisión de aquellas materias; y los otros perlados nuevos, por la fama y nombre que tenía, también

deseaban conocerle y oírle; estando todos con este deseo, cuando hubo de decir su parecer, de común sentimiento mandaron los legados que dejase su asiento y lugar, que era entre los generales (de donde, por ser la pieza en que se juntaban muy grande, no podía ser bien oído), y que se subiese en el púlpito de los teólogos, que estaba en medio y cómodo para ser oído de todos, y desde allí hablase y dijese su parecer. Lo cual hizo algunas veces por espacio de tres horas, con grandísima atención, aplauso y contento de toda aquella sagrada congregación. Pero, pasando los negocios adelante, determinaron los legados apostólicos que se sentase frontero de los mismos legados y como en medio de los obispos, para que mejor fuese oído de todos; lo cual hizo otras veces, obligado de la obediencia de los legados, y compelido de la fuerza que le hacían. Y como una vez se quedase en su lugar de general, y comenzase á decir su voto (reclamando los obispos, y pidiendo que viniese al lugar que he dicho, para oírle mejor, y él todavía se estuviese quedado, y continuase y llevase adelante su plática), muchos de los obispos se levantaron de sus asientos, y unos en pie, y otros sentados, como podían, vultos los rostros al orador, estuvieron oyéndole por espacio de dos horas. Y esta acepción que digo, fué de tal manera, que por comun voz de los perlados más graves y varones más esclarecidos en letras, el voto y parecer del padre Lainez fué siempre tenido por muy docto, resolutivo y acertado.

Dos cosas sucedieron esta vez en el concilio, en las cuales mostró bien el padre Lainez, en la una su humildad, y en la otra su fortaleza y constancia. La primera fué, que los legados del concilio trataron de suyo del lugar que se le había de dar entre los otros generales, por parecerles que, aunque la Compañía en la confirmación de la Sede Apostólica era religión más nueva de todas, y que por esto había de tener su general el postrero lugar entre los generales; pero que, como es religión de clérigos, y no de frailes, había de preceder á todos los generales de las otras religiones monacales, pues en la jerarquía eclesiástica el orden de los clérigos precede al de los monjes. Queriendo pues que se siguiese esto, se alteraron los generales de las otras órdenes, juzgando que se les hacía agravio. El padre Lainez, que deseaba ponerse debajo de los pies de todos, suplicó á los legados que por cosa en que iba tan poco no turbasen la paz del concilio ni diesen disgusto á nadie; porque él de muy buena voluntad holgaría ser el postrero y de ser hollado de todos, por lo que tocaba á su persona. En fin, mandaron los legados que no se asentase con los generales, sino en lugar extraordinario con los obispos, y que en el dar su voto, los generales le precediesen; y así, se sentaba en el mismo banco luego tras los obispos, como clérigo, y decía su parecer el postrero de los generales, como el que lo era de la religión más nueva de todas; y declararon los legados que por esto no le parase nin-

gun perjuicio á la Compañía ni á ninguna de las otras religiones.

Tambien se ofrecieron ocasiones de mostrar su pecho y valor; porque no faltaban algunos que con buen celo trataban cosas que á juicio de muchos pudieran con el tiempo ser dañosas, á las cuales el padre Lainez resistió valerosamente. Quisieronle ganar la boca, y tomaron medios blandos y rigurosos para atraerle á su opinion; porque era mucha su autoridad. Pero, como él tenía puestos los ojos en Dios y en su verdad, nunca jamas, por cosa que se le dijese, se apartó un punto de hacer lo que estaba obligado á su persona y al hábito que profesaba. Finalmente, fué de tanto peso su doctrina, y tan estimada su persona y las de sus compañeros, que el sacro concilio hizo mencion particular de la Compañía, alabando y confirmando todo su instituto con palabras tan graves y de tanta ponderacion, que, como cosa del Espíritu Santo, se han de estimar en mucho y reverenciar.

CAPÍTULO IX.

Fundacion de algunos colegios.

El tiempo que estuvo el padre maestro Lainez en Trento, aunque se ocupaba principalmente en las cosas del santo concilio, no por eso dejaba las propias del gobierno de la Compañía, que le incumbian como á general; y así, la gobernaba, y atendia á la fundacion y establecimiento de muchos colegios que en diversas partes se fundaron; y algunos de ellos tuvieron ocasion de la jornada que hizo de Francia á Trento, pasando por los estados de Flándes y por Alemania. Como fué, primeramente, la casa de la ciudad de Anvers (1), que se comenzó á petición y ruego de los españoles que en ella vivian, ayudando ellos con gruesas limosnas á comprar unas casas principales para asiento y habitacion de los de la Compañía. De donde, pasados algunos años, fueron echados por los herejes, á causa de las revoluciones y turbaciones que con sus errores y violencias causaron en aquellos estados. Mas despues fué nuestro Señor servido que habiéndose reducido aquella ciudad á la obediencia de su rey, volvieron á ella, con mucho contentamiento de los católicos y pesar de los herejes. Aumentáronse y establecieronse los principales colegios que teniamos en Lovaina, Colonia y Tornay. Y despues se hizo el de Santo Omer, por el celo de nuestra santa fe y devocion grande que tuvo á la Compañía Gerardo de Emericourth, abad de San Bertino, varon en religion y letras excelente.

En la ciudad de Cambray asimismo se comenzó, el año de mil y quinientos y sesenta y dos, el colegio de la Compañía, con el favor y limosnas de Maximiliano de Bergas, arzobispo de Cambray, que lo pidió con grande instancia al padre Lainez. El cual, pasando por Treveris y por Maguncia, procu-

(1) Ambéres; tambien este nombre lo deja sin españolizar, lo cual se hacia entónces y ahora.

ró que los colegios de la Compañía, que ya estaban (como queda escrito) comenzados, se asentasen y estableciesen más. Y con su presencia dió tambien ocasion para que despues se fundase el de la ciudad de Espira, que es en la provincia del Rheno y cámara del imperio.

Y porque el emperador don Fernando habia fundado los colegios de Viena en Austria, y el de Praga en Bohemia, y experimentado el fruto grande que se seguia de los ministerios de la Compañía, y que con la vida ejemplar y doctrina sólida de sus hijos se reprimian los herejes, y se alentaban y esforzaban los católicos, quiso tambien fundar otro colegio en Ispruch, que es la cabeza del condado de Tirol, para beneficio de aquel estado. Y así, el año de mil y quinientos y sesenta y dos se dió principio al colegio en un edificio nuevo y suntuoso, que el mismo Emperador habia mandado labrar.

Este mismo año de mil y quinientos y sesenta y dos se fundó el colegio de Trigueros, villa del Duque de Medinasidonia, en la provincia del Andalucía. Fundóle un hombre particular, rico y devoto, que se llamaba Francisco de la Palma; el cual, viendo la falta de doctrina que habia en toda aquella comarca, y en especial en los del campo que dicen de Andévalo y Serrania, movido de celo de la honra del Señor y bien de las almas, procuró con todas sus fuerzas que se fundase colegio en Trigueros, de donde él era natural. Y dado que tuvo muchas y graves dificultades, porque sus deudos pretendian su hacienda, y la Compañía no la queria, ni aceptar el colegio, fué tanta su perseverancia, que las venció todas y salió con su intento, y dió sus casas y su hacienda, con gran devocion y voluntad, para la fundacion y establecimiento del colegio. El cual á los principios fué muy favorecido de doña Leonor de Zúñiga y Sotomayor, condesa de Niebla, y despues acá de don Alonso Perez de Guzman el Bueno, duque de Medinasidonia, su hijo, por estar el colegio en su tierra, y por la piedad de los señores desta casa y devocion particular que tienen á la Compañía.

En la provincia de Castilla se comenzó el colegio de Logroño con la hacienda de uno de nuestros hermanos, y despues se ha acrecentado más, y ha sido mucho lo que nuestro Señor se ha servido dél en toda aquella tierra de la Rioja.

En la provincia de Aragon se dió principio al colegio de Mallorca, á instancia del padre maestro Jerónimo Nadal, que era natural de aquella isla y ciudad. La gente que se envió para poblarle, en breve tiempo hizo mucha obra en aquella viña del Señor, así en las escuelas como en la predicacion, y en los otros ministerios que usa la Compañía.

Entre las otras personas graves con quien el padre Lainez tuvo esta vez en Trento estrecha comunicacion, fué uno el cardenal Héreules Gonzaga, que en este tiempo era el primer legado de la Sede Apostólica en el sagrado concilio, y príncipe de excelente prudencia y autoridad. El cual, aun-

que ántes habia estado algo torcido con el padre Lainez, por cierta imputacion falsa de cosa grave que le dijeron que el padre habia dicho contra él; pero sabida la verdad, y vista su santa vida y doctrina, le quedó tan aficionado, que de ninguna persona más se servia para las cosas del concilio, que del dicho padre. Y cuando allí murió, que fué á los dos de Marzo del año de mil y quinientos y sesenta y tres, dejó ordenado que de sus bienes se fundase un colegio de la Compañía en Mantua, como despues se ha fundado.

CAPÍTULO X.

De una tempestad que tuvo la Compañía en Roma, por causa del seminario del Papa.

Acabado el concilio, partió de Trento el padre maestro Lainez para Roma, á los diez de Diciembre del año de mil y quinientos y sesenta y tres, visitando los colegios de las provincias de Italia por donde pasaba; exhortando á todos, como verdadero padre, á la guarda de su instituto y á toda virtud y perfeccion, y dando en todo la órden que era menester. Llegó á Roma á los doce de Hebrero del año de mil y quinientos y sesenta y cuatro, y gobernando la Compañía con grande quietud y tranquilidad, se levantó contra ella una cruel y horrible tempestad, y fué desta manera.

Entre las otras cosas que santamente semandaron en el sacro concilio de Trento, fué una muy principal, que se hiciesen seminarios ó colegios de mozos hábiles que quisiesen ser clérigos, los cuales fuesen enseñados y doctrinados en toda virtud y letras, y otros ejercicios necesarios para el culto divino y servicio de la santa Iglesia. Queriendo pues la santidad del papa Pío IV, como pastor universal y cabeza de la Iglesia, dar ejemplo en esto á los demas perlados, mandó hacer en Roma (como obispo della) su seminario, para que fuese espejo y dechado de los demas que en los otros obispados se habian de hacer. Tratando de la forma que se habia de tener, y comunicándolo con la congregacion de algunos cardenales y de otros perlados, á quien lo habia cometido, se determinó de dar el cuidado deste seminario á la Compañía (sin procurarlo ni saberlo ella) para que pusiese superiores que lo gobernasen, y maestros que enseñasen á aquella juventud, y la criasen en santas costumbres, y en tan sana y sólida doctrina, que se pudiese esperar que á su tiempo sería provechosa á la Iglesia de Dios. Mucho pesó desta determinacion del Pontífice á algunos clérigos de Roma. Porque les parecia cosa grave que para regir y administrar su seminario se echase mano de los nuestros, y que se hiciese más caso para este ministerio de los extranjerios, advenedizos y no conocidos (como ellos decian) que de los naturales, conocidos y propios ciudadanos. Añadiase á esto que, como los ministros de su Santidad, por su mandato, visitaban y reparaban las iglesias de Roma, y se servian de algunos de la Compañía en este oficio, y él no se podia hacer como convenia, sin que

hubiese algunos quejosos, descargaban todos los golpes de sus quejas sobre nosotros, y quebraban su enojo en nuestras cabezas, como si de nuestra voluntad nos hubiéramos ingerido y ofrecido á aquel trabajo, y no por obediencia de su Santidad. Comenzaron pues á dar tras los nuestros, y á decir que eran unos inorantes y bárbaros, y que habia otros en el clero de Roma á quien con más razon se debia encargar el seminario, con los cuales los de la Compañía no tenian que ver, por serles muy inferiores en letras y en gobierno, y en lo demas que era menester para hacer bien aquel oficio. Los nuestros, que no tenian gana del seminario, ni arrostraban á él sino por pura obediencia, se holgaron mucho que hubiese otros que los descargasen deste trabajo; y así, no haciendo caso de lo que se decia contra ellos, callaban, y encomendaban el negocio á nuestro Señor. Buscáronse los maestros que habian sido alabados, y nombráronse á su Santidad, y habiendo sido examinados, fueron desechados por insuficientes y tenidos por inhábiles para aquel ministerio. Con esto, su Santidad, entendida la falsedad y averiguado el negocio, se confirmó en su primera determinacion, y con el parecer del sacro colegio de los cardenales se resolvió de dar el cargo del seminario á la Compañía. Y para hacerlo con más autoridad, y mostrar más el amor que tenia á toda la Compañía en general, y en particular á la persona del padre maestro Lainez, de quien se tenía por muy servido en la jornada de Francia y en el concilio de Trento, el postrero dia de Julio, que fué el mismo en que ocho años ántes habia muerto nuestro padre Ignacio, vino á ver nuestra pobre casa profesa y el colegio de nuestros estudiantes de Roma, andándolo y mirándolo todo, hasta la cocina y refectorio, alabando el órden y concierto de lo que veia, y la doctrina de los que en el colegio oyó, y diciendo mal de los que calumniaban la Compañía y le habian querido poner mal con ella. Tomó la Compañía por pura obediencia cargo del seminario, debajo de la proteccion del cardenal Sabello, vicario general del Papa. Digo que tomó el cargo de todas las cosas espirituales, y de la enseñanza de los que en él habian de vivir y de las ciencias que habian de aprender, y finalmente, de todo lo que para su buena institucion y doctrina fuese menester. Porque del gasto y cosas temporales no se quiso encargar, dejándolas, como ajenas de su profesion.

No se sosegaron los ánimos turbados con esto, ni se apagó el fuego que estaba emprendido, ántes se acrecentó más, echando centellas y llamas de sentimiento y enojo, con el cual, y con la pasion que los cegaba, publicaron cosas muy graves y feas contra la Compañía en general, y en particular contra el padre maestro Lainez y contra otros padres de los más graves y principales della. Escribieron libelos infamatorios; derramáronlos, no solamente por Roma, mas por toda Italia y por Alemania, atizando y soplando el fuego los herejes con mentiras y falsedades, para infamar la Compañía. Su

Santidad, como supo lo que pasaba, tuvo el sentimiento que era razon, y mandó á los cardenales deputados para la reformation de Roma (que eran varones muy señalados) que tratasen este negocio con mucho cuidado, é inquiriesen y examinasen muy por menudo todas las cosas que se oponian á la Compañía. Hacen los cardenales su oficio, llaman á los que habian sido autores de los libelos infamatorios, mándanles que prueben lo que en ellos se contenia, y sin llamar á ninguno de los nuestros, ni darles parte de cosa, hacen muy diligente pesquisa de su vida y costumbres. Fué cosa maravillosa y propia de la mano de Dios que en una ciudad y córte de Roma, habiéndose buscado con tanta pasion y examinándose con tanta diligencia y cuidado tantos testigos, algunos echados de la Compañía, otros salidos con poco contento del colegio Germánico, otros por otros respetos poco aficionados y devotos de nuestra religion (que éstos fueron los testigos que presentaron los autores de los libelos), callando los nuestros y no sabiendo lo que pasaba, los adversarios de la Compañía por sus mismos dichos fueron convencidos de su falsedad y calumnia, y la Compañía y los principales padres della, que habian sido infamados y calumniados, con la informacion que se tomó, y la verdad que con ella se descubrió, fueron conocidos por lo que eran, y tenidos en más. Finalmente, llevado al cabo el negocio, y apurado y cernido muchas veces, el Papa impuso silencio á los que habian hablado mal, y quitó el oficio y renta que tenia cierta persona, que habia sido el principal autor y como caudillo de los demas, y queriendo echarla en la cárcel, á suplicacion de la Compañía dejó de hacerlo, á la cual su Santidad y los cardenales jueces dieron el parabien desta vitoria y de lo que nuestro Señor habia sacado della, que fué el conocerse más la fuerza que tiene la virtud y la verdad fundada en Dios, por más cercada, combatida y perseguida que sea con todos los ardis y máquinas de sus enemigos. En esta tempestad fué maravillosa la paz, constancia y seguridad del padre Lainez, y la fuerza que tuvo su oracion para con Dios, y su prudencia para con los jueces, y su blandura y mansedumbre para con sus contrarios y enemigos; porque no los tenía ni trataba como á tales, sino como á bienhechores, que no queriendo, hacen más bien de lo que piensan á los que persiguen.

CAPÍTULO XI.

Los breves que el padre Pío IV escribió al Emperador y á otros principes sobre este negocio.

Para que la fama que se habia divulgado contra la Compañía, y las mentiras que se habian extendido y dilatado por Alemania y otras provincias no creciesen más con los soplos y vientos de los herejes (los cuales, así como hacen cruel guerra á nuestra madre la santa Iglesia católica romana, así tambien persiguen á los de la Compañía y á los otros religiosos en todas las maneras que

pueden, por parecerles que son los que resisten á su furiosa temeridad), escribió su Santidad breves al emperador Maximiliano Segundo deste nombre y á los otros principes católicos del imperio, eclesiásticos y seglares, dándoles cuenta de lo que pasaba, y de la verdad y sinceridad de la Compañía, y rogándoles y encargándoles que la favoreciesen y amparasen. Y por haber sido este negocio muy grave, y tal que para quebrantar el orgullo é impetu de los autores desta tempestad, y deshacer sus falsedades y calumnias, fué menester que su Santidad interpusiese su autoridad y diese testimonio de lo que la Compañía hace y profesa, quiero poner aquí el breve que sobre esto escribió al emperador Maximiliano, del cual se sacaron los demas que escribió á los electores eclesiásticos y otros principes católicos de Alemania; porque, aunque con diversas palabras, todos contienen la misma sustancia.

PIO PAPA IV.

Al carísimo en Cristo nuestro hijo Maximiliano, ilustré rey de Hungría y de Bohemia, y electo emperador de los romanos.

«Carísimo en Cristo hijo nuestro, salud, etc. Venido ha á nuestra noticia que algunos hombres, olvidados del temor de Dios y descuidados de su propia conciencia, ciegos con la envidia y con la pasion de sus malos deseos, han publicado y sembrado por muchas partes ciertos libelos infamatorios, llenos de denuestos, baldones é infamia contra toda la religion de la Compañía de Jesus, y señaladamente contra algunas personas más principales della, que son más conocidas y estimadas. Cierto que nos ha pesado mucho que se oscureciese la fama y se menoscabase el buen nombre y estimacion de una religion que ha servido tanto y sirve con tan grande fruto á la santa Iglesia católica. Y hanos parecido que no solamente se le hacia á ella agravio, pero que el demonio pretendia estorbar con estas calumnias las buenas obras en que por todas las partes del mundo se ocupan estos padres. Y porque habemos sabido que estos libelos infamatorios se han extendido, no solamente por Italia, sino que tambien se han derramado y publicado por Alemania, y que han llegado á oídos de vuestra majestad, nos ha parecido hacerle saber que para entender más de raiz la verdad, encomendamos este negocio á algunos de nuestros hermanos del colegio de los cardenales, varones muy graves, para que hiciesen diligente pesquisa, y tomasen informacion de todo lo que contra la dicha órden en general, y contra las particulares personas della que hay en Roma se ha dicho. Y ellos, despues de haber hecho su oficio con todo cuidado, y averiguado la verdad, nos han certificado que todo cuanto se ha dicho ha sido falsedad y mentira, inventada de sus adversarios y maldicientes para infamarla y hacerla odiosa; por lo cual, no solamente nosotros y todos los cardenales nos ha-

«bemos confirmado en la buena opinion que ántes teniamos de la buena vida y santas costumbres de los padres deste colegio y de los píos y loables institutos de toda esta Compañía, pero aún más se ha acrecentado y doblado esta nuestra opinion, viendo que con este diligente y cuidadoso exámen se ha descubierto más la inocencia y bondad destos padres y la luz de la verdad. «Escribimos esto á vuestra majestad, así por dar el testimonio que debemos á la virtud y á la verdad, como para que sepa vuestra majestad que no ha de creer ni dar fe ninguna á aquellos papeles desvergonzados que contra ellos se han publicado, y tambien para pedir y encargar á vuestra majestad que, pues sabe que todos los que quieren vivir santa y religiosamente han de tener en este mundo maldicientes y perseguidores que los ejerciten y prueben, como los tuvo Jesucristo nuestro Redentor, favorezca, como justo y católico y sabio principe, á la inocencia y virtud de los padres desta Compañía, y mande que sus calumniadores no tengan fuerza para estorbarlos ni ponerles obstáculo para que no lleven adelante el cuidado que hasta ahora han tenido y tienen de servir afectuosamente á la honra de nuestro Señor y al provecho de las almas. Y vuestra majestad defienda y ampare todos los colegios que tienen en Alemania y en las otras sus tierras y señoríos, así por guardar su acostumbrada piedad y celo de la gloria de Dios, como por el respeto y reverencia que debe á esta santa Sede Apostólica, que se lo encomienda. Que por este cuidado y patrocinio que dellos tomará vuestra majestad, recibirá tanto mayor galardón de la mano de nuestro Señor, cuanto, por ser amparados y defendidos con él, podrán estos padres con mayor libertad y descanso emplearse todos en el servicio de nuestro Señor y en el aprovechamiento de las almas. Dada en Roma, en San Pedro, etc., á los veintinueve de Diciembre de mil y quinientos y sesenta y cuatro, en el quinto año de nuestro pontificado.»

Este fin tuvo la persecucion que por causa del seminario de Roma se levantó contra la Compañía, la cual, puesto que fué terrible y peligrosa, por tratarse en un tribunal de tanta majestad por los adversarios de la Compañía, sin saber los della lo que se trataba, todavía el Señor, cuya era la causa, amparó y defendió la inocencia y la verdad de los que tan sin culpa eran infamados, por las oraciones, merecimientos y buena industria del padre Lainez.

Antes desta borrasca, habiendo muerto el Cardenal de Carpi, que era dean del sacro colegio y protector de la Compañía, estando el Papa en Frascati, y viniendo un dia á ver el colegio que tenemos en aquella ciudad, y tratando de quién seria protector de la Compañía, dijo al padre maestro Lainez, que estaba presente, que no era su voluntad que ningun cardenal lo fuese, porque su Santidad mismo lo queria ser, como antigua-

mente lo hizo Alejandro IV con la órden del seráfico padre San Francisco (1).

CAPÍTULO XII.

La muerte que un clérigo dió al rector del colegio de Bivona, de la Compañía de Jesus.

En este mismo tiempo sucedió en el reino de Sicilia un caso, que por ser tan extraordinario y extraño, me ha parecido ponerle aquí, para que los que le leyeren alaben á nuestro Señor por la merced que en ello hizo á la Compañía, y sepan todos cuán aborrecible es á los malos la virtud, y que no solamente entre los herejes y paganos, sino tambien entre los cristianos y católicos, se ofrecen ocasiones de derramar la sangre por ella. Entre los otros colegios que tiene la Compañía en Sicilia, es uno el de Bivona, que fundó doña Isabel de Vega, hija de Juan de Vega y mujer de don Pedro de Luna, duque y señor de aquel estado. Era rector deste colegio un padre, italiano de nacion, llamado por nombre Pedro Venusto, hombre muy blando de condicion y amoroso, y muy gran siervo de Dios y deseoso de agradarle de veras, y de hacer bien á todos los de aquel pueblo y estado, como en efecto lo hacia. Habia en él un clérigo, hijo de un hombre honrado y virtuoso de Bivona, pero en la bondad muy desemejante á su padre; el cual habia recibido muchas y muy buenas obras del padre Pedro Venusto (como el mismo Duque de Bivona, estando yo en este tiempo en Sicilia, me contó), y entre ellas fué una y muy principal, que siendo el clérigo de muy escandalosa vida, este buen padre le amonestaba, avisaba y reprehendia, echando con blandura y severidad aceite y vino para curar sus llagas. Por estas y otras semejantes obras, que bastaban á cautivar cualquiera corazon que no fuera el suyo, él le traia sobre ojos y no le podia tragar. Supo que el vicario del Obispo habia mandado que le prendiesen, y creyendo que esto nacia de aquel que él tenía por enemigo, porque tanto deseaba verle amigo de la virtud, se determinó de darle la muerte, y con ella el pago de todos los trabajos y cuidados que el padre habia tomado para enderezarle en el camino de la vida. Y así, un juéves, á diez y nueve de Octubre del año de mil y quinientos y sesenta y cuatro, á las tres horas de la tarde, entendiendo que el buen rector habia ido á ver una viña que tiene aquel colegio, media legua fuera del pueblo, le salió al camino y se escondió tras una mata, acechándole y arrojándole el lazo donde cayese. El rector volvia de la viña rezando, y le vió y le saludó; y él, por respuesta, dejándole pasar, le dió á traicion, por detras, con una cimitarra, tres golpes tan grandes en la cabeza, que se la abrió, y dejándole caido y boqueando en el suelo y lleno de sangre, echó á huir. Poco despues sobrevinieron ciertos hombres devotos del colegio, que venian de sus heredades, y hallándole herido, invocando el nombre santi-

(1) En la *Cronica de San Francisco*, lib. I, cap. LVII.